

Jesús, hombre de su tiempo y de su espacio nos muestra nuestra humanidad

VI. La Alegría de encontrar algo de nuevo

La experiencia de volver a encontrar lo que de alguna manera habíamos perdido, muchas veces nos da la alegría de redescubrir una parte de nosotros que parecía, haber desaparecido, que estaba apagada en nosotros.

Somos verdaderamente una totalidad, una relación compleja, donde nuestro ser a menudo se define sobre la base de la relación que nos parece fundamental, sobre lo que nos importa. Así, la alegría aparece como un signo de unidad reconstituida, un índice de plenitud.

Sin embargo, ¿qué es lo que más le importa a Dios, y de consecuencia a Jesús, espejo del Padre? ¿Cuál es su alegría? ¿cuál es la razón de la existencia de Jesús, lo que quiere perseguir y lo que lo alegra reflejando la voluntad y la alegría del Padre?

Nos acercamos a dos pequeños textos que sugieren e ilustran cómo esta alegría, que sigue presentándose hoy y hasta el fin de los tiempos, es precisamente la del volver a encontrar a quien se había ido (la oveja) o de quien se siente asfixiar volviendo necesario sacudir, limpiar, para encontrar (la dracma). La alegría de volvernos a encontrar, como hombres y mujeres, considerados amados, importantes, como si fuéramos parte indispensable de la vida de relación amorosa del Padre y del Hijo, de su unidad, de su ser.

INVOQUEMOS AL ESPÍRITU

Ven, luz verdadera y alegría pascual.

Ven, nube de rocío y belleza inexpresable.

Ven y acepta nuestra alabanza como incienso fragante.

Ven y danos a probar la alegría de tu efusión.

Ven y haznos regocijar con la abundancia de tus dones.

Ven, sol eterno sin atardecer y establece tu morada en nosotros.

¡Ven, Consolador, Espíritu Santo, y habita en nosotros!

Himno Akatistos al Espíritu Santo vivificante, [kos I]

1. Lectio *Leer la Palabra*

Del Evangelio según Lucas 15, 1-10

1 Todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para escucharlo. 2 Los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos». 3 Jesús les dijo entonces esta parábola: 4 «Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla? 5 Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, lleno de alegría, 6 y al llegar a su casa llama a sus amigos y vecinos, y les dice: "Alégrense conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido". 7 Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que

por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse». 8 Y les dijo también: «Si una mujer tiene diez dracmas y pierde una, ¿no enciende acaso la lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla? 9 Y cuando la encuentra, llama a sus amigas y vecinas, y les dice: "Alégrese conmigo, porque encontré la dracma que se me había perdido". 10 Les aseguro que, de la misma manera, se alegran los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte».

Acerquémonos al texto

Estamos ubicados en el capítulo 15, que es parte de la etapa del viaje de Jesús a Jerusalén a través de Samaria y Judea, generalmente definido por los capítulos 9, 51-19, 28. Estamos al inicio del mismo capítulo 15 que incluye las tres parábolas de la misericordia, que quieren contar el rostro de Dios: no tanto la conversión del pecador, sino la búsqueda de Dios y la alegría por volver a encontrarlo.

Búsqueda, alegría, misericordia son temas característicos de Lucas que, atribuidos a Dios, revelan el sentido profundo de todo el camino de Jesús. El capítulo 15, de hecho, en el contexto del camino de Jesús hacia Jerusalén, revela un rostro de Dios sin precedentes. Hace que el lector participe del propio significado, es decir, de un viaje/existencia orientado a la búsqueda del hombre y de la mujer que están lejos; de la búsqueda que sólo encontrará plenitud en Jerusalén, como lugar de Dios; ese lugar al que Jesús guía a la humanidad a través de la entrega.

Es un camino/existencia que se abre a una nueva e indiscriminada acogida, rasgo universal de Lucas. En el capítulo 14, el evangelista ya nos había mostrado a Jesús comiendo en la casa de un líder de los fariseos (14, 1). Allí mismo, habla de invitados particulares e inusuales que participan en el gran banquete: pobres, lisiados, ciegos y cojos. **A las multitudes** que se le acercan, también les indica un nuevo criterio de seguimiento: es necesario hacer discernimiento y permanecer libres, sin entorpecer la obra de Dios (14, 26.33) y siendo sus discípulos.

Hasta el capítulo 15, todas las palabras de Jesús se siguen pronunciando en la mesa, reunión de comunión: se acercan recaudadores de impuestos y pecadores (15,1) y Jesús responderá a las murmuraciones de los **fariseos y escribas** que esto es resultado de una actitud de acogida; en el capítulo 16, Jesús dirá unas palabras sobre la fidelidad, dirigidas a los **discípulos**, y brindará instrucciones sobre otro tema típico de Lucas: la pobreza. En el capítulo 19, se resume el sentido del camino a Jerusalén: dirigiéndose a Zaqueo, un publicano, el mismo Jesús le dirá que el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido.

Subdividamos el texto

- vv. 1-2** **Introducción**
- vv. 3-5** **Buscar y encontrar**
- vv. 6-7** **Comunión de gozo**
- v. 8** **En la casa de una mujer**
- vv. 9-10** **En presencia de los ángeles**

Introducción

Todos los pecadores y recaudadores de impuestos acudían en masa a Jesús para escucharlo: una buena noticia, hermosa, esperada e inesperada al mismo tiempo, atrae a quienes son considerados fuera de los cánones de la pureza, o que al menos habrían tenido primero que pasar necesariamente por una praxis de purificación antes de acercarse y compartir.

¿Por qué atrae? Quizás porque no se trata solo de palabras sino de una nueva presencia, de una mirada diferente (19,5), de gestos inclusivos. Quizás los fariseos y los escribas podrían haber aceptado que estos pecadores públicos escucharan a Jesús desde lejos, pero compartir la mesa... ¡realmente no! Los que se juntan con un impuro están contaminados.

No es que estos escribas y fariseos sean particularmente malos, como es común considerarlos, pero murmuran, chocan con una forma de ser humanos, con la forma de ser de Jesús; con una forma de vivir la Ley de Dios, que cuestiona su seguridad, y que para ellos "pone en peligro" el rostro de Dios y la relación con él. ¿Son los defensores de Dios o de un rostro de Dios impreso en su interior que distorsiona la verdadera imagen? Dios a imagen del hombre, con sus expectativas y categorías. ¿Dios necesita ser defendido? Quizás, sobre todo, necesita ser vivido (más allá de los juegos de poder), él que es el Viviente.

Murmurar, literalmente "balbucear entre ellos", indica un vuelco sobre uno mismo; un enjaularse en las propias convicciones, dar la vuelta entre ellos, sin apertura, en sus normas estériles, en la incapacidad de ver a la persona que está frente a ellos: a la persona, no a un objeto que contamina. La murmuración los coloca fuera de la experiencia, de los gestos inclusivos y de las palabras de Jesús. De hecho, no son gestos ocasionales contra los que murmuran: los verbos usados para indicar que Jesús no rechaza a los pecadores y come con ellos, lo que subraya una acción duradera, que, por tanto, se repite en el tiempo, una costumbre de Jesús. Se trata de cambiar, de insertar en una práctica religiosa que regula las relaciones, una nueva dimensión de las relaciones que, por otro lado, incide en la misma dimensión religiosa, y así, en la relación hombre-Dios. ¡No es simplemente una novedad sociológica, sino una revolución teológica! No es solo una cuestión de pureza, sino una aceptación a priori que pone en juego la justicia de Dios que el piadoso israelita tenía que respetar y reflejar. Pero en su lugar, ¿qué está reflejando Jesús? "Este" (no es digno de un nombre para quien murmura), está prácticamente en comunión con los pecadores. No solo toca, sino que come, signo de comunión, signo del banquete escatológico de los justos. ¡Un significado profundo que trastorna las reglas, trastorna el rostro de Dios!

Buscar y encontrar

Jesús no responde directamente a las murmuraciones, sino que provoca; nos invita a tomar posición, contando sobre un hombre y una mujer que han perdido algo, que están buscando, que encuentran... ¿Quién es ese hombre que tiene cien ovejas? Es un hombre **entre ustedes**, especifica el texto.

Esto ya debería llevar a una postura: pero ¿es realmente cierto que, si uno de ellos tiene 100 ovejas y pierde una, se va, abandona a las 99 en el desierto y va tras la perdida hasta encontrarla? ¡Paradójico desde el principio! Es mucho más probable que **entre ellos** hubieran pensado en cuidar, quizás encerrar a las ovejas restantes para evitar perder a otras. El texto subraya una perspectiva completamente diferente, con extrema importancia atribuida a la oveja perdida: no es el número lo que prima sino la búsqueda de aquella que se ha alejado; no es el juicio de valor, sino la búsqueda desinteresada lo que predomina. ¿Es que quizás cada una de las otras

99 no tiene valor? Por supuesto, pero no tienen una historia de alejamiento, de precariedad, de soledad, de falta de comunión. ¡Son 99!

La búsqueda se convierte en la prioridad del pastor. Podemos ver en esta figura, en esta búsqueda, el trasfondo del Antiguo Testamento. Ezequiel, de hecho, dice en el capítulo 34 contra los pastores que no cuidaron de Israel "no volvisteis con las dispersas" (Ez 34, 4), "Yo mismo buscaré mis ovejas" (Ez 34,11), "Iré en busca de la oveja descarriada" (Ez 34,16). Es Dios, pastor de Israel, quien habla, quien interviene. Por tanto, en el oído de los que escuchan a Jesús resuena con claridad la referencia a la acción del Dios-Pastor y ¡se vuelve aún más inquietante la continuación de la parábola que narra, teniendo en cuenta que los que "no han devuelto a los perdidos" son realmente, los que murmuran!

El hombre-pastor, en cambio, habiendo encontrado a la oveja, la coloca sobre sus hombros **lleno de alegría**. No reacciona con la costumbre de los pastores locales que, para evitar una nueva fuga, le rompían una pata a la oveja perdida. Al contrario, facilita su regreso, la carga, como si se volviera parte de sí mismo; no irritado y gritando, sino lleno de alegría. Se hace cargo de la distancia que ha recorrido la oveja; él recorrerá por ella, lugares empinados, inaccesibles y peligrosos. Además, le deja su libertad, ya que no la ha lisiado. ¿Quizás se perderá de nuevo?

El regocijo que expresa el texto es la alegría, con un tipo de acción duradera; no es la alegría que pasa; es la alegría que se nutre continuamente del hecho de haber encontrado: Dios está hecho para encontrar. A menudo pensamos que somos nosotros quienes lo encontramos, pero, de hecho, en este texto el pastor se alegra de haberla encontrado, y no solo: lo que le precede es la acción de **ir tras** la oveja, continuamente, hasta encontrarla. Él nos busca continuamente y el pastor deja continuamente todo para ir a buscar... Es la alegría de Jesús que vino por esto: ¡a buscar a los que están perdidos! Y lo hace continuamente, aunque sea por un solo ser que le pertenece: sí, no es una pertenencia de posesión (las ovejas son libres), sino la del conocimiento del amor (Jn 10). Él es el enviado que tiene una pertenencia en común con las ovejas; para encontrarlas, él mismo se convertirá en el Cordero: para encontrarnos tomó nuestra naturaleza. La alegría es signo no sólo de una misión cumplida, sino de una unidad redescubierta, de una pertenencia originaria y reconstituida. Somos suyos desde siempre, creados por el Padre a través de él y en vista de él (Col 1,16b); elegidos en él antes de la creación del mundo (Ef 1,4); en él, por su sangre, obtenemos el perdón de los pecados (Ef 1,7).

Comunión de Alegría

¿Puede el pastor alegrarse solo? ¿Puede Jesús regocijarse solo? El pastor llama a amigos y vecinos para que se regocijen con él. Más bien, es, entonces, una alegría comunitaria, compartida con amigos, *filein*, los que tienen **afinidad** con él y con los vecinos. Podríamos decir que la primera comunión de afinidad del Hombre-Dios es con la Trinidad: hay una alegría trinitaria cuando Cristo vuelve a la comunión, al círculo de amor al que pertenece y del cual la oveja se ha alejado. De hecho, hay más gozo en el cielo, que bíblicamente indica a Dios; pero los vecinos también están llamados a regocijarse, por lo que todo ser en comunión con Dios se regocija por un individuo lejano que regresa a casa. El hogar es el lugar de la intimidad; quien es encontrado vuelve a una intimidad de relaciones rotas ... la plenitud de la relación envuelve, como alegría, a Dios y a toda criatura en comunión con él. Así **será**, dice el texto, abriéndose a un futuro en cumplimiento... en la plenitud de los tiempos, cuando cada persona perdida regresará a casa.

En la casa de una mujer

Hay una forma particular de cuidado en la búsqueda; como la de una mujer que pierde una de sus 10 dracmas. Una dimensión femenina para expresar que en Dios hay toda la plenitud del ser humano, las polaridades humanas porque el hombre está hecho a su imagen: hombre y mujer los creó. Los Padres (Afraate en el siglo IV), también subrayan que de las Tres Divinas Personas el Espíritu, Ruah, en las lenguas semíticas donde no hay pronombre neutro, el Espíritu es un nombre femenino. En la literatura semítica más antigua, por lo tanto, antes de que se sintiera la influencia griega, se habla del Espíritu Santo como una hipóstasis femenina.

Volviendo a nuestro texto, Jesús toma una imagen más sencilla que la imagen bíblica del Pastor: la de una mujer en su casa... y la moneda perdida está en la casa. La mujer la busca allí, la dracma no está fuera de casa, y en casa es donde hay que buscarla. Donde sea que esté, está escondida: es necesario encender la lámpara en la oscuridad, para que se pueda ver la moneda, tal vez reflejando la luz. Pero es necesario quitar lo que la cubre, el hollín, lo desordenado: es necesario cepillar, barrer la casa. Por lo tanto, un gran cuidado en la búsqueda para encontrarla; cuidado y atención porque es una cosa pequeña que puede escapar al ojo distraído, puede atascarse en cualquier lugar. Parece interesante notar que, aunque perdida, siempre se ha quedado en la casa. Casi como si Jesús quisiera decirnos que dondequiera que nos perdamos, básicamente siempre estamos en la casa: pertenecemos a Dios, donde sea que nos escondamos nunca estamos realmente fuera de Él. Él está en todas partes: "Si bajo al infierno, ahí estás "(Sal 138,8). Podríamos añadir una pieza a la parábola anterior y decir que la alegría de la mujer que encuentra la moneda es también la de quitar la suciedad, la de barrer para ver brillar la dracma, así como volver a ponerla con las demás. También Jesús tiene este cuidado, la iniciativa de limpiar, de perdonar, podríamos decir por semejanza, de ponernos de nuevo en su comunión. Y ¡ésta es su alegría!

En presencia de los ángeles

Como el pastor, tampoco la mujer se alegra sola: la alegría es un acontecimiento de **comunión** en el Espíritu, pero también de **comunidad**. También ella llama a sus amigas y vecinas para que se regocijen con ella. Así sucede, dice el texto, subrayando la acción duradera, la alegría en la presencia de los ángeles de Dios, por todo pecador que continuamente se convierte. El texto "ante los ángeles de Dios" implica el aspecto de ver. Los ángeles ven el hallazgo, la conversión, no en el sentido activo del pecador, sino del pecador convertido, es decir, que ha sido encontrado, y así se regocijan. Sucede por uno solo, como una gran alegría. El futuro "será" no se usa, como en la parábola anterior, sino que "sucede" ahora, y siempre, para los que saben ver, como los ángeles de Dios. Es necesario saber ver. Ya en 12,8 Jesús designa a los ángeles como testigos del reconocimiento mutuo de él con el discípulo... aquí, una vez más, los ángeles parecen indicar a aquellos testigos que saben ver y participar de la alegría.

2. Meditatio

Si frente a este texto queremos reflejarnos en la alegría de Jesús, quizás necesitemos hacernos algunas preguntas. Podríamos empezar desde el final del texto en lugar de desde el principio: ¿Estamos entre esos vecinos que están llamados a regocijarse con él? ¿Qué testigos somos nosotros, desapegados o envueltos en la alegría? ¿Qué tan difícil es involucrarse en el gozo de Dios?

Quizás necesitemos preguntarnos a priori sobre nuestra mirada. ¿Logramos ver hoy, y por lo tanto regocijarnos, ahora, incluso por un solo pequeño hallazgo de un hermano, de una hermana?

No por algo sorprendente, grande, sino en la vida cotidiana, ¿nos regocijamos por un vínculo reconstituido en el Señor?

Sin ir muy lejos, ¿podemos alegrarnos, ser felices cuando Jesús logra encontrarnos todos los días? Conocemos bien este acontecimiento, pero a veces lo damos por descontado, como si fuera nuestra conquista o el resultado automático de nuestro compromiso.

¿Nos hemos encontrado alguna vez en la imposibilidad de movernos de un determinado lugar, de una situación en la que habíamos ido a escondernos? Dracma u oveja, la otra cara de la moneda es centrarme en el hecho de que he sido deseada, buscada activamente y concretamente llevada de regreso a casa: ¿qué significa para mí? ¿Cómo me siento al saber que Dios se regocija por haberme encontrado de nuevo?

¿Cómo educar mi humanidad a la alegría de Jesús que recupera toda distancia? ¿Es una cuestión de apertura, de cuidado, de atención (como la mujer de la parábola), o de cultivar el sentido de pertenencia los unos de los otros? ... ¡Por supuesto! Vivir intensamente la dimensión de la afectividad humana es el camino que nos muestra la humanidad de Jesús. Cuanto más se asemeja nuestra afectividad a la del hombre Jesús, más entramos en comunión con el modo de ser de Dios, con la dimensión de alegría y amor de la Trinidad. Pero es el Espíritu, comunicador eterno, Espíritu de **unidad** y gozo, quien puede así derramar en nosotros y compartir en nosotros el gozo, el gozo de Cristo y del Padre.

Las invito a releer y a confrontarse con el número 42 de la Regla de Vida.

3. Oratio *rezar la Palabra*

Permíteme estar entre los que celebran contigo, Señor,
no como protagonista importante del descubrimiento,
sino como compañero alegre,
vecino llamado a un encuentro de comunión.

Quiero cantar, tocar, bailar a tu ritmo,
no perder ni un paso.

Y dando vuelta, inclinarme al invitado de honor,
avergonzado por tanto júbilo,
para invitarlo a este baile,
para que sus pies se olviden de los pasos de la distancia,
para que pueda recordar el abrazo que lo trajo de nuevo a casa.

Le diría: "Bendito eres, hermano, que te dejaste encontrar de nuevo;
sin tí, no habríamos podido tener esta fiesta,
mi alegría ha crecido gracias a tí".

¡Entonces brindaría contigo Señor,
con la alegría de tener un vecino como tú,
misericordioso y cariñoso como tú!

4. Contemplatio

Miremos y dejémonos cubrir por la alegría de Jesús, para tener una nueva mirada capaz de transformar en alegría nuestros tantos encierros.

5. Collatio

Cortemos el pan de la Palabra para compartir la mesa del encuentro, nuestra celebración y nuestra alegría.